último caso, de una paternidad que siempre era posible.

Encontrábase, pues, muy poco dispuesto á alentar las esperanzas maternales en las que en otro tiempo habia sepultado su amor la señora de Tecle, y se conducia con ella de manera que no le quedase la menor duda sobre aquel punto. Ocupábase muy poco de Reuilly, donde apenas pasaba dos ó tres semanas al año en la época en que le llamaban á provincia las sesiones del Congreso general. Verdad es que durante estas cortas apariciones se esforzaba en tributar á la señora de Tecle y al señor Des Rameures todas las demostraciones de respetuosa gratitud; pero evitaba con tanta frialdad las alusiones al pasado, precaviase tan escrupulosamente de conversaciones particulares é íntimas, mostraba, en fin, á la señorita María una cortesia tan indiferente, que no dudaba de que, ayudándole la movilidad natural de su sexo, la madre de la jóven habria renunciado ya á sus pueriles quimeras.

Grande era su error. Y podemos observar de paso que el escepticismo mas endurecido y egoista no produce menos juicios falsos y falsos cálculos que el candor y la inexperiencia. El conde de Camors tomaba demasiado en serio todo lo que han escrito

acerca de la movilidad del espíritu femenino amantes engañados y verdaderamente dignos de serlo, ó descontentos de haberse visto prevenidos. La verdad es que las mujeres son en general, notables por la persistencia de sus ideas y la fidelidad de sus sentimientos. La inconstancia del corazon es, por el contrario, propia del hombre; pero se la reserva, y cuando una mujer le disputa la palma en este terreno, grita como un desesperado. Se comprenderá que esta teoria no es una paradoja, si se piensa en los prodigios de la abnegacion paciente, tenaz, inviolable, que diariamente vemos en las mujeres de las clases populares, cuyo carácter, aunque rudo, permanece original y sincero. En las mujeres de elevada clase, aunque desnaturalizado por las tentaciones y las excitaciones que las asedian, el caracter subsiste, y no es cosa rara verlas encerrar su vida entera en un pensamiento ó en un amor. Su existencia no tiene las mil distracciones que nos mueven ó nos consuelan, y la idea que las apasiona fácilmente pasa á ser idea fija. La persiguen en la soledad y entre la multitud, en su bordado y en su sueño, en sus oraciones y en todas partes: viven en ella, y mueren con ella.

De esta manera habia perseguido la se-

BIBLIOTECA CENTRAL

ñora de Tecle de año en año, con inalterable fervor, el proyecto de confundir las dos puras pasiones que compartia su corazon, uniendo á su hija con el conde de Camors, labrando asi la felicidad de ambos. Desde que concibió este proyecto, que solamente podia brotar en una alma tan casta como tierna, la educacion de su hija habia venido á ser la dulce novela de su vida. Incesantemente pensaba en ella, y cuando sus grandes ojos distraidos iban á perderse en el follaje de los árboles ó en algun rincon del cielo, podia creerse con seguridad que buscaba una virtud ó una gracia nueva con que adornar á su hija para su ideal esposo. Una preocupacion grave y casi religiosa se unía á la señora de Tecle á la parte romántica de sus designios, Sin conocer, sin sospechar siquiera las profundidades perversas del carácter del conde de Camors, comprendia bien que el jóven, como la mayor parte de los hombres de su época, no se veia agobiado de creencias; pero creia que una de las misiones reservadas á la mujer en nuestro estado social, era la renovacion moral del marido por medio de la intimidad de un alma honrada, por el sentimiento de familia y la dulce religion del hogar. Deseaba, pues al mismo tiempo que hacia de su hija una

mujer amable y seductora, prepararla al papel elevado á que la destinaba, y nada descuidaba para adornarla con las cualidades que exige.

¿Qe éxito habian tenido sus cuidados? La continuacion de este relato lo dira. Por el momento, basta para informar al lector que digamos que la señorita Maria de Tecle era una jóven de aspecto muy agradable, cuyo talle, algo corto, estaba bien colocado sobre caderas algo altas; no bella, pero extraordinariamente graciosa, instruida además, mas viva que su madre en sus modales, y delicada como ella. Era al mismo tiempo tan sutil, que muchas veces temió su madre hubiese descubierto el secreto que se la ocultaba. En ocasiones hablaba demasiado del señor de Camors, en otras no hablaba bastante, y tomaba, cuando otros hablaban de él, aires misteriosos. Esta conducta inquietaba algo á la señora de Tecle. La del conde de Camors, y su actitud mas que reservada, la inquietaban tambien por intervalos; pero cuando se ama á las personas, se interpreta favorablemente para ellas lo que hacen y lo que no hacen, y la señora de Tecle se complacía en atribuir los equívocos modales de Camors á las exigencias de lealtad caballeresca. Como creia conocerle, juzgaba

muy natural quisiese evitar hasta última hora, hasta su terminacion definitiva, todo lo que pudiese comprometerle, despertar la curiosidad pública y turbar la tranquilidad de la madre y de la hija. Tal vez el considerable caudal que debia heredar la señorita de Tecle aumentaba los escrúpulos del conde de Camors, y alarmaba su orgullo; pero, en último caso, no se casaba, lo cual era de buen agüero, y su jóven prometida apenas llegaba á la edad del matrimonio. No debia, por tanto, desesperarse, puesto que de un dia á otro podia el señor de Camors caer á sus pies y decirla: "Dádmela" Si Dios no queria que esta página delicada se escribiese nunca en el libro de su destino; si se veia obligada á casar á su hija con otro, la pobre señora se decia que, despues de todo, los cuidados que habia prodigado á su hija no quedarian perdidos, puesto que la querida niña, gracias á ellos, seria mejor y mas feliz.

Llenando la señora de Tecle, con una idea única, la dulce monotonia de la vida regular, los largos meses que trascurrian entre las anuales apariciones del conde de Camors en Reuilly, pasaban con mas rapidez para aquella señora de lo que el jóven podia imaginar. Su propia existencia, tan activa y repleta, abria abismos y ponia siglos entre cada uno de sus viajes periódicos; pero la señora de Tecle, despues de cinco años, se encontraba siempre como en la mañana siguiente á la noche querida y fatal en que comenzó su sueño. En todo este tiempo no habia experimentado interrupcion su pensamiento, ni habia sentido vacio su corazon, ni su frente habia formado una arruga. Su sueño habia permanecido jóven como ella.

Sin embargo, á pesar de la apacible y rápida sucesion de los dias, no veia nunca sin impaciencia ni turbacion aproximarse la época que anualmente llamaba al señor de Camors á la comarca. A medida que crecía su hija, se preocupaba mas de la impresion que produciria en el ánimo del conde, y comprendia con mayor viveza la solemnidad de las circunstancias. La niña Maria, que como ya hemos dicho, era sutil, no habia dejado de observar que su tierna madre elegia habitualmente la época de las sesiones del consejo general para hacerla nuevos tocados. El mismo año en que hemos continuado nuestro relato habia ocurrido en esta ocasion una escena, que no habia agradado gran cosa á la señora de Tecle. Hacía á su hija un peinado nuevo: la jóven, cuyos cabellos eran muy negros y muy hermosos,

BIBLIOTECA CENTRAL

tenía algunos mechones rebeldes que desesperaban á su madre; uno especialmente se obstinaba, á despecho de todos los esfuerzos, en escapar de todos los peines y cintas, caer sobre la frente y extenderse en rizos provocativos. La señora de Tecle habia conseguido encontrar, al menos asi lo creia una sujecion de cintas que, sin aparentarlo, fijaba decididamente el mechon recalcitrante.

—Creo que asi se sujetará, —decia, suspirando y separándose un poco para contemplar su obra.

—No confiéis, querida mamá (contestó la jóven, que estaba alegre y de cómico humor); no confiéis mucho.... Estoy viendo lo que va á suceder.... Llaman.... acudo.... mi rizo escapa.... entra el señor de Camors.... mamá se desmaya.... ¡Cuadro!

—¡Quisiera saber que tiene que ver en esto el señor de Camors!—dijo secamente la señora de Tecle.

La hija la abrazó, contestando:

—*¡Nothing!*

Otras veces cuando hablaba la jóven del conde, empleaba tono de amarga ironía, llamándole grande hombre, ilustre personaje,

astro vecino, fénix de los huéspedes de los bosques, ó sencillamente príncipe.

Estos síntomas tenian una gravedad que no se ocultaba á la señora de Tecle. Verdad era que en presencia del príncipe la jóven perdia su buen humor; pero esto era otra contrariedad. La madre la encontraba fria, torpe, silenciosa, demasiado concisa y ligeramente cáustica en sus contestaciones, temiendo que por estas apariencias la juzgase mal el señor de Camors. Pero el señor de Camors no la juzgaba mal ni bien, siendo para el la señorita de Tecle una muchacha graciosa é insignificante, en la que no pensaba un minuto al año.

En aquella época existia en el mundo una persona que le interesaba mas, y mucho mas, sin duda, de lo que hubiese querido: esta persona era la marquesa de Campvallon de Arminges.

El General, despues de haber hecho visitar á su jóven esposa una parte de Europa, la habia instalado en su hotel de la calle Vanneau, en medio de regia opulencia. Durante el invierno y la primavera, vivian en Paris; pero en el mes de Julio se iban á la quinta de Campvallon, donde residian con gran pompa hasta fines de otoño. El General invitaba todos los años á la señora de Tecle y